

A modo de introducción: Para el conocimiento de la Arquitectura Contemporánea

En cualquier tiempo la arquitectura ha seguido la tendencia general de su época. Nunca ha dejado de estar en evolución; unas veces habrá sido lenta y en otras ocasiones ha podido estar marcada por una rapidez más o menos intensa, pero siempre ha permanecido en estrecha relación con el grado de desarrollo de las técnicas, del aumento demográfico, de las disponibilidades económicas y de la problemática social de cada momento histórico. A medida que cambiaba uno, varios o todos estos factores, cambiaba también la arquitectura. Lo que nunca había ocurrido hasta la actualidad es que los cambios se dieran a la enorme velocidad con la que se han producido en los últimos cincuenta años. A la natural lentitud anterior ha sucedido un inevitable vértigo de mutaciones que nos hace preguntarnos constantemente dónde estamos, porque los métodos y soluciones de ayer no sirven hoy, de la misma manera que los de hoy mismo serán viejos mañana. Se improvisa y se busca al día; cada cual (si es capaz) se elabora su propio "estilo" arquitectónico.

Este cambio de ritmo que hemos visto operarse a lo largo de las dos últimas generaciones ha dejado en la cuneta, entre otras cosas, a los dioses del pasado representados en forma de normativas académicas. Los modelos más o menos clásicos de referencia han dejado vía franca a una multitud de ideas y propuestas. Los viejos dioses han sido destronados y ahora cada arquitecto aspira, a través de la imitación de Icaro, a ocupar el lugar de aquéllos. Pero aspirar y querer no siempre es poder. La supuesta libertad que se creía haber alcanzado por la ruptura radical con el pasado no se reveló auténtica, así como tampoco las ideas-alas han sido muy consistentes. A lo largo de las calles de cualquier ciudad se pueden ver los estragos producidos por las caídas de estos icaros.

Son varias las causas que frenan e impiden el acceso a

esa libertad, siendo el mayor de ellos, con seguridad, la herencia del hábitat que hemos recibido y no por defecto intrínseco de la herencia, sino por la propia rapidez de las transformaciones actuales. En épocas de ritmo lento las modificaciones en la vivienda y ciudad heredadas se llevaban a cabo a través de pequeños reajustes que podían hacerse en plazos de tiempo adecuados. Hoy ya no es así, somos esclavos del entorno que habitamos; las casas y las ciudades se nos convierten impracticables mucho antes de que se cumpla el plazo de tiempo vital previsto cuando se ejecutaron, a la vez que el ámbito de actuación arquitectónica se produce, en la mayor parte de los casos, en unos medios urbanos diseñados en unas épocas con problemáticas completamente diferentes a las actuales. La ciudad y sus edificios sobreviven a quienes las crean, cada generación debe enfrentarse a situaciones inéditas y, por lo general, cuando la solución llega aquella situación, por virtud del cambio veloz, ya es otra diferente.

Ahora sabemos que, si bien aquella ruptura con la tradición que se produjo hace cuatro o cinco décadas pudo ser necesaria como operación de limpieza catártica, resultó ser una ingenuidad que hemos pagado cara la identificación que se hizo entre las ideas de nuevo y bueno, sin considerar si lo nuevo, además de aportar una ruptura con el pretérito, traía algo positivo para el porvenir. En este sentido, lo nuevo hoy de interés para el mañana puede que no esté desarrollándose entre los arquitectos. De la misma manera que los ingenieros con sus construcciones funcionales (puentes, mercados, fábricas...) a fines del XVIII y principios del XIX influyeron en la arquitectura contemporánea mucho más que los propios arquitectos de las mismas épocas, bien pudiera ser que el hecho positivo capital para la arquitectura futura esté en un laboratorio químico que investiga sobre materiales y métodos de producción.

La transición de la arquitectura del pasado a la del futuro, en cualquier caso, está siendo caracterizada por dos cambios bien perceptibles. Por una parte, es la pérdida de importancia del trabajo manual en la construcción, el cual ha pasado de ocupar el 100 por 100 de la actividad (casos de producción local en los que se cuenta con los materiales inmediatos existentes y la destreza manufacturera y artesanal de los habitantes del lugar –pocos y conocidos–) a calcularse que será casi nula en el futuro, sustituida por la producción industrializada y un cada vez creciente número de personas –desconocidas y a veces alejadas en miles de kilómetros del lugar en donde se construye la casa que utiliza los materiales que han fabricado– vinculadas directa o indirectamente a la creación de edificios. Y paralelamente, es el tránsito de unas soluciones arquitectónicas locales, en función del suelo, el clima, los materiales autóctonos disponibles y las costumbres sociales, a unas soluciones cada vez más internacionalizadas y homogéneas propiciadas, primero, por unos idénticos sistemas de producción y transporte en gran número de países, después, por una masiva fabricación en serie de elementos (puertas, suelos, tejas e, incluso, casas enteras) que se hacen en un país y se exportan a los demás, y, finalmente, por la existencia de unos profesionales que trabajan a lo largo de todo el mundo aplicando unas soluciones y diseños idénticos que uniformizan aún más las realizaciones que se pueden ver en cualquier rincón del planeta.

No ha terminado por suceder lo que Alvar Aalto deseó en 1938 (“La influencia de la construcción y de los materiales en la arquitectura moderna”) al afirmar que “la verdadera estandarización debe usarse y desarrollarse en el sentido en que las partes estandarizadas y materias primas tengan cualidades de las que resulte el mayor número posible de combinaciones”. O no se ha alcanzado ese “mayor número posible de combinaciones” o, si se ha logrado en verdad, lo que se ha puesto de relieve es que mucho mayor que ese número posible es el número real de combinaciones entre los diversos tipos de hombres y necesidades y los diversos tipos de entornos físicos en los que éstos viven.

Obviamente, esta tendencia a la estandarización ha dado lugar a no pocos problemas al constatarse que no hay soluciones universales al margen de las tradiciones locales, la climatología, las disponibilidades económicas inmediatas. Olvidando las realizaciones grandiosas, otra constatación es que gran parte de la Humanidad carece de vivienda y que, en caso de tenerla, no cumple muchas veces niveles dignos de calidad, llegando tan sólo a la categoría de infra-vivienda. La arquitectura de las últimas décadas ha alardeado a menudo de “racionalista”, “funcionalista” y demás, sin embargo, se puede decir que esto ha resultado ser cierto sólo en los aspectos técnico-funcionales y no en los humano-funcionales. Aún no se ha completado el paso de humanizar la naturaleza mecánica de los materiales.

Mientras que la gran masa de la sociedad no está interesada en los problemas de creación arquitectónica, sino tan sólo en sus elementales necesidades particulares, siendo éstas graves y numerosas, el plantearse problemas de estilo y originalidad de lenguajes puede llegar a ser un lujo y una desconsideración social. La problemática de las comunidades de casas baratas, basadas en experiencias cooperativas y promociones oficiales son socialmente más interesantes y, quizá por ello verdaderamente más modernas que toda la complicada elaboración que pueda suponer cualquier gigantesco edificio singular (una universidad, una estación ferroviaria, un museo...) muy poco susceptible de ser repetido. Precisamente, este interés creciente por viviendas colectivas se ha manifestado en la reciente concesión de los premios de arquitectura “Bizkaia-84” a un grupo de viviendas realizado en la avenida de la Paz, en Durango, de Daniel Fullaondo y Fernando Olabarria, a unas casas unifamiliares en Altamira (Lejona), de Juan Angel Arechabaleta y Juan María Uriarte, y al grupo de viviendas de protección oficial realizadas en Basurto, entre la autopista y la carretera de Valmaseda, de Fernando Olabarria y Juan Ramón Villanueva.

Como Doxiadis (cuyo pensamiento he seguido) señala en su Arquitectura en transición, tras contestarnos al ¿cómo vivimos?, lo importante es plantearnos ¿cómo deseamos vivir? en su triple vertiente: nosotros (noción de democracia y socialización); deseamos (según el sentimiento de las necesidades del ciudadano o el conocimiento del experto o el sueño del visionario); y vivir (dentro, alrededor y fuera de la arquitectura, en ciudades pequeñas o grandes, en casas de pisos o viviendas unifamiliares, con transportes públicos o privados).

A esta pregunta hay que responder desde la práctica y no sólo por parte de los arquitectos, pues todos estamos involucrados en nuestro futuro, aunque nos dé la sensación de que es un futuro poco atractivo a donde no vamos, sino que somos empujados al margen de lo que deseamos o dejemos de desear. Aunque nos sintamos como niños perdidos en la oscuridad, sin saber a dónde dirigir nuestros pasos ni qué hacer con seguridad, no cabe duda de que a que ese destino no querido deje de ser inevitable ayudarán grandes y pequeños esfuerzos. Entre estos últimos es posible que pueda incluirse la aportación de la revista KOBIE dando a conocer, en otra dimensión diferente a la de la realidad, algunos trabajos significativos concluidos la mayoría de ellos durante el año 1984 en Vizcaya.

El conocimiento de trabajos de arquitectura ejecutados en tiempos cercanos y actuales a través de su publicación en revistas es algo que no ha sido factible en nuestro País hasta ahora y, con certeza, no tanto debido a la ausencia de trabajos arquitectónicos que mereciesen ser conocidos como a la pura y simple carencia de una publicación periódica dedicada a colmar ese vacío. Intentaremos, modestamente, llenar algo de esa falta.

Javier González de Durana